

ORMAECHEA

(Llega á poco y dice al Emperador:)

Sire... me da pena decirlo; es un oficial indigno; se ha reído de mí y me ha dicho que Vuestra Majestad ya no podía dar órdenes...

MAXIMILIANO

(Lleno de aflicción y comprendiendo que la situación no tiene remedio:)

En Pavía... Las represalias de la historia... ¡Cómo ha de ser!... El rey Francisco...

(Nadie le escucha; todos dan órdenes y contraórdenes; todos arguyen, replican, discuten, conminan, regañan, recriminan, se hacen cargos y los contestan.)

El Emperador habla á Pradillo y le determina algo que el coronel escucha haciendo señales de asentimiento. A poco sale disparado, llevando en alto una bandera blanca y dirigiéndose al grupo que según su decir encabezaba Corona... En ese momento cesan los fuegos de una y otra parte y Maximiliano se adelanta seguido de las gentes que están á su vera. Al mismo tiempo avanza Corona seguido de su Estado Mayor y del general don Juan N. Cortina; la situación de los republicanos es brillante y hasta los más humildes oficiales ostentan lujosos uniformes y nobles caballos. El segundo en jefe oprime los lomos de un alazán tostado de gran alzada y se adelanta con garbo y majestad que impresionan á quien mira al joven general, sufridor asiduo de tantas calamidades y dolores.)

MAXIMILIANO

(Al frente de su reducido pero interesante grupo de oficiales, precede á éste, y empujado sobre la silla, pálido, firme en la voz y en los modales, bello y elegante, se adelanta y dice á Corona:)

Los jefes que me acompañan no tienen más responsabilidad que la que les impone el haber seguido mi suerte; deseo que no reciban daño alguno; si se necesita una víctima, aquí estoy yo; espero que mi sangre sea la última que se derrame en bien de este país...



D. RAMÓN CORONA

CORONA

(Intenta desarmar al príncipe, pero le conmueven la grandeza de su infortunio y la manera heroica con que, en su parecer, cumplió su espinosa tarea. En medio del estruendo de las armas, del sonar de clarines y tambores, de los vivas y de las descargas de fusilería que suenan por todas partes, dice á Maximiliano:)

Mientras esté usted bajo mi salvaguardia, disfrutará de plenas garantías...

UN OFICIAL FRANCÉS

(Al servicio de los republicanos, quitándose el sombrero en ademán burlesco:)

Maximiliano de Austria, yo te saludo.

MAXIMILIANO

(Volviendo la espalda al indigno, se dirige á Corona con toda calma.)

Sírvase usted oír unas cuantas palabras que tengo que decirle á solas...

(Corona se aparta á un lado y el Archiduque continúa:)

Ya no soy Emperador.

CORONA

Sois el prisionero de la República...

MAXIMILIANO

He abdicado en favor de...

CORONA

Servíos dejar esas cuestiones para cuando comparezáis ante el tribunal que ha de juzgaros...

AYUDANTE DE ESCOBEDO

(Que llega precipitadamente y habla aparte con Corona:)

De orden del general en jefe, que envíe usted á los prisioneros que tenga en su poder.

CORONA

Diga usted que me reservo, para presentárselos en su oportunidad, á varios de los jefes apresados; llévele usted á esos.

(Le señala á un grupo de los acompañantes de Maximiliano; él se apresta á conducir personalmente al Emperador, Mejía y Castillo. El ayudante se adelanta seguido de los aprehendidos en el cerro de las Campanas y seguido por un escuadrón de los Cazadores de Galeana.

Lleva andados Corona unos cuantos metros cuando se ve aparecer á Escobedo, caballero en un hermoso potro de pura sangre, y seguido de un reducido Estado Mayor. Escobedo es alto, huesoso, desgarrado y ceñudo; monta admirablemente á caballo y su porte es grave y austero; viste levita militar holgada, botas federicas, pantalón negro y lleva acicates y sombrero blando de fieltro; los espejuelos que usa le quitan mucho de su aspecto militar y las grandes orejas, que son ya tradicionales, le distinguen y separan del resto de la humanidad. Al verle Maximiliano se adelanta á recibirle y le hace un saludo cortés indicándole que desea hablar á solas con él; Escobedo se aparta de su séquito para oírle.)

MAXIMILIANO

¿Me permitirá usted que, custodiado por una escolta, marche hasta un punto de la costa donde pueda embar-

carne para Europa, con la protesta que hago, bajo mi palabra de honor, de no volver á México?

ESCOBEDO

No me es posible conceder lo que usted pide.

MAXIMILIANO

Puesto que así es, yo espero que usted no permitirá que se me ultraje, y que se me tratará con las consideraciones debidas á un prisionero de guerra.

ESCOBEDO

Eso es usted mío...

(Maximiliano se desciñe la espada y la presenta á Escobedo, que no llega á tomarla y ordena á su jefe de Estado Mayor que la recoja. Emprenden el camino de vuelta, y Escobedo encarga al general Riva Palacio que conduzca al prisionero al convento de la Cruz. Poco á poco son llevados al mismo convento numerosos jefes y oficiales imperialistas; muchos liberales ocurren «á ver á Maximiliano de Hapsburgo», llenos de candorosa buena fe. Custodia las puertas de la prisión un centinela pobre, desgarrado, con el rostro enflaquecido y revelando muchas privaciones y desgracias. Los imperialistas se ríen de él y critican su aspecto de miseria.

UN CORONEL REPUBLICANO

(A los burlones:)

Ríanse ustedes, caballeros, que flacos, humildes y



D. Mariano Escobedo.

todo, estos soldados tienen aún la fuerza necesaria para fusilarles á ustedes todos, empezando por su Emperador.

(Los burlones se callan; los sencillos republicanos penetran poco á poco y con aire de timidez; todos hacen comentarios entre sí, y en lo heterogéneo de sus preguntas y en lo excepcional de sus demostraciones se echa de ver cómo los impresionan la persona y el infortunio de Maximiliano.)

CORONEL REPUBLICANO

Le saludo á usted, no como Emperador, sino admirado por su heroica defensa.

OTRO OFICIAL

Es usted un valiente, y me ha cautivado con su manera de defender esta plaza; merecía haberse reunido con otras gentes que con estos bribones de traidores.

UN CORONEL IMPERIALISTA

¡Salud á la Majestad caída!

CAPITÁN DE GUANAJUATO

¡Y esto es un Emperador!

JEFE DE UNA BANDA DEL VALLE DE MÉXICO

Me gusta este güero para llevármelo al monte y enseñarle á montar en un buen penco; ¡qué manganas echaría!

DOS SEÑORAS DECENTES

(Que han logrado introducirse entre el gentío.)

¡Pobrecito, pobrecito! Estos malditos chinacos le trueñan porque le trueñan; pero no quisiera hallarme yo en el pellejo de los infames...

(En estos momentos entra un criado que introduce víveres que envía á Maximiliano el señor Rubio y se impide la entrada de visitantes.)

ESCENA CUARTA

Día diez y nueve de Mayo. Celda del convento de Santa Teresa. Suenan clarines y tambores; se percibe en toda la prisión ese hálito de fiebre, de desaseo, de tristeza que es propio de las grandes aglomeraciones. La celda del convento á que se acaba de trasladar á Maximiliano es más alegre, más higiénica, y sobre todo, más espaciosa que la de la prisión anterior; el Archiduque está sentado en una cama de hierro de aspecto humildísimo; pero en su aspecto de resignación teatral, en el cuidado de su persona, en la condescendencia con que trata á los que se le acercan, se ve que está jugando al prisionero. Llega JOSEFINA UBIARCO y habla con él de muchas cosas que parecen preocuparla sin que Maximiliano les dé importancia ninguna, abstraído como se halla en el desempeño de su papel de reo de muerte desgraciado y sin auxilio. Al fin MÉNDEZ y MEJÍA.

JOSEFINA

Déjeme Vuestra Majestad que le diga cuánto me alegro de verle sano, que no tengo reposo desde que nos acontecen tantas cosas... ¡Quién lo hubiera dicho hace tres años, Sire!

MAXIMILIANO

Señora Ubiarco, ésta es la suerte de las grandezas de la tierra; los imperios ruedan sin que baste á impedirlo la voluntad ni el brío ni el coraje de los hombres...

JOSEFINA

Sire, ¡qué dolor tan grande el mío, al recordar lo que fuisteis y lo que sois!...

MAXIMILIANO

Si mi fué tornase á es, sin esperar más será... Mas no hay que afligirse, que cuando me vea otra vez en Europa, en nuestro querido Miramar...

JOSEFINA

¿Y volveremos, Sire?